



www.loqueleo.com/es

© 1990, Luis María Pescetti

© 1990, O'Kif

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-205-7

Depósito legal: M-10.007-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: febrero de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El pulpo está crudo

Luis María Pescetti

Ilustraciones de O'Kif

loqueleg

A Amelita Elia y Carlos Varela.

El narrador

Cierto día iba Caperucita por el bosque de... 7
esto, ¿cómo se llamaba ese bosque?

—¿Cuál?, el de... ¿el bosque de Sherwood?

—No, ese era el de Robin Hood.

—¿Robin Hood no era el compañero de Batman?

—No, el compañero de Batman era Mandrake.

—¡Si Mandrake era un mago!

—Bueno, ¿y qué? Además era el ayudante de Batman.

—... ¿seguro?

—Claro, ¿para qué te contaría mentiras, eh? ¿Quieres que siga?

—Bueno... Sí.

—El bosque quedaba en Transilvania...

—¡Anda ya!, ¿Transilvania no era donde vivía el conde Drácula?

8 —Tienes todo mezclado. No prestas atención a lo que te cuento y se te mezcla todo. Transilvania queda en Estados Unidos... Si me vas a cuestionar todo, mejor me callo.

—Sí, mejor.

—... ahora no me callo nada.

—Te callas porque no quieres contarme el cuento, porque no lo sabes.

—Claro que lo sé; ahí va: cierta noche, Caperucita estaba cerrando su famoso restaurante...

—¿¡Su famoso restaurante!?

—Sí, cuando de repente recibió una llamada telefónica...

—... era uno que le avisaba que le estabas fastidiando su cuento.

—No, era su mamá, que le pedía que pasara por donde la abuelita a dejarle algo de comer. Le dijo así: «Blancanieves...».

—¿¡Blancanieves le dijo!?

—Sí, *Caperucita* se llama el cuento, pero a ella le encantaba que le dijeran Blancanieves. Entonces el tío le dijo así...

9

—¡Oye!, ¿no era la mamá la que estaba al teléfono?

—Nunca dije que fuera la madre..., ¡por favor, presta atención! Déjame seguir, le dijo así: «Blancanieves, cuando cierres tu famoso restaurante, llévale algo a tu abuelita que acabo de hablar con ella y dice que está con un hambre terrible».

—¿Y por qué la abuelita no la llamó directamente al restaurante?

—Porque se le olvidaba el número.

—¿Y por qué no lo tenía anotado en un papelito al lado del teléfono?

—Porque el lápiz se lo había prestado a un humilde cazador.

—¿Es el que aparece al final del cuento?

—Exactamente, que fue el que atendió el teléfono.

10 —... eh, ¿no lo había atendido la misma Caperucita?

—¿Quién? ¿Blancanieves?

—Sí.

—No creo, ella no tenía teléfono.

—¿¡Y dónde recibió la llamada si no tenía teléfono!?

—Ahí está la gracia, escucha, entonces el humilde cazador le dijo a la mamá...

—¿Por qué era «humilde cazador»?

—Porque si hubiera sido rico tendría empresas pero no sería cazador. Ahora cállate y déjame contarte el cuento.

—... ¿no tienes otro? No entiendo nada.

—Porque no prestas atención. Entonces el humilde cazador le dijo: «Mire, señora, su hija se fue a un baile a que le probaran un zapatito».

—¿Ese no es el de Cenicienta?

—No, en el que hay un baile es en el de Pinocho.

—En el de Pinocho nunca hubo un baile, 11
porque él no era como los demás niños.

—El que no era como los demás niños era Frankenstein.

—¡Pero si él era un monstruo!

—Por eso no era como los demás niños, ¿quieres que siga o cambio?

—No, sigue...

—Entonces la abuelita le dijo...

—¿Qué abuelita? ¿No estaba hablando con la mamá?

—¿Ves? No escuchas. ¿No te dije que la mamá era sorda?

—¿Sorda?

—Claro, le habían hecho una operación, pero no quedó bien.

—¿En el cuento dice eso?

—Por supuesto; yo nunca te mentiría. Sigo. Entonces le dijo: «No importa, yo la llamo después, no se olvide de darle mi mensaje». Pero, según colgó, el cazador ya se había olvidado y ese mismo día la abuelita hubiera muerto de hambre... si no fuera porque pasó un lobo y se la comió. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. ¿Te gustó?

—... por el medio no lo entendí, pero estuvo bien.

—¿Qué parte?

—La de los ladrones que entran a la pizzería.

—Porque no prestas atención. Mañana te cuento otro.

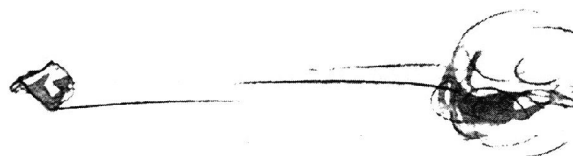
El piedrazo

Resulta que yo había comprado un boleto para una rifa de la escuela que queda cerca, y había sacado el primer premio que eran cuatro coches, dos casas, tres motos y un cuchillito.

13

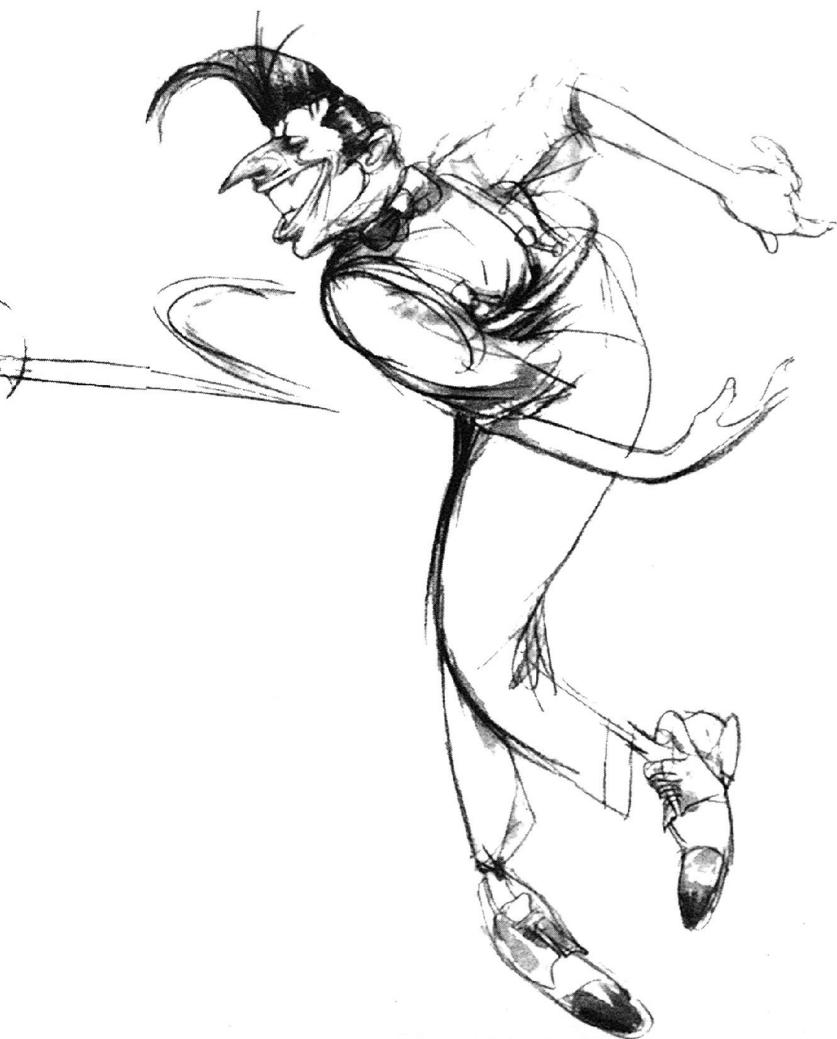
Bueno, con uno de los coches había pasado a buscar a la que ahora es mi novia, para llevarla a pasear. A ella se le había ocurrido traer café en un termo, así que nos fuimos a tomarlo a la playa. Ella me gustaba mucho, pero mucho, en serio, y quería impresionarla con algo. No se me ocurría con qué. Entonces vi que había unas piedritas, le di mi taza y le dije: «Mira, vas a ver qué lejos llego». «¡Ay, sí, me encanta!», dijo ella.

Yo no quería que el piedrazo se quedara por ahí cerca sin más, así que tomé carrerilla y lo tiré con todas mis fuerzas. Nos quedamos mirando para ver el chapuzón de la piedra en el agua, pero nada. Por más que miramos, no la vimos caer. Tiré de nuevo. Pero, otra vez, no vimos dónde caía. Bueno, nos pareció raro; pero no le hicimos caso.



Seguimos charlando de nuestras cosas, ahí medio me declaré. Terminamos de tomar el café y nos fuimos.

Al año siguiente, de nuevo se me ocurre invitarla a pasear por esa playa para celebrar



que hacía un año que éramos novios. Llevamos café, todo igual que la otra vez. En eso estábamos de lo más tranquilos, cuando, ¡paf!, a ella le pegan un pedrazo en la cabeza. Me levanté hecho una fiera para ver quién había sido el bruto. Pero no había nadie. La playa es amplia y se ve lejos. Entonces, ¿quién había sido? Y ahí me di cuenta, ¡era la piedra que yo mismo había tirado el año pasado! Había dado la vuelta al mundo y le pegó en la nuca a mi novia. Se lo expliqué y ella gritó: «¡Entonces agáchate que debe estar por llegar la otra!». En efecto, menos mal que nos agachamos porque al ratito, ahí delante de donde estábamos, pegó el otro pedrazo.

Después seguimos tomando café de lo más tranquilos porque solo habíamos tirado dos, que si no nos hubiéramos tenido que ir.